



Y los otros ya más *mocinos* y *mocinas*: gusto dan la precisión y el arremango



Y las otras menos mozas, al ritmo de la *cordión*



Porque las *mocinas* se hacen mozas con el tiempo: y, si no, a comparar

I. RUTAS DE INVIERNO

1. PARA LOS DÍAS MÁS CORTOS DEL INVIERNO: DE LA POLA A TABLAO, JUNTO A LAS AGUAS DEL RÍO NAREO

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** La Caleya, 10 de la mañana¹.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** La Caleya, 5 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** La Capilla la Flor, La Fuente Vieya de Palaciós, Morúes, El Molín de Tablao, Tablao, el hayedo del Mofusu...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** mínimo (camino antiguo y pista junto al río).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** pleno invierno (con las aguas a rebosar del río Nareo).
- **TIEMPOS:** la ruta se hace bien en 4-5 horas.

• **DESCRIPCIÓN DE LA RUTA:**
Salimos de La Caleya cuando algunas chimeneas empiezan a *afumar* entre los últimos *teyaos* sin uralitas, que alternan ya con algunas fachadas y balcones *pin-taos de colorinos*.

El silencio de las *caleyas* se va rompiendo al ritmo de los *cayaos*, y al ladrido de algunos perros que también parecen decididos a patear definitivamente la *xelá* de la mañana.

Pasamos bajo el Puente Tola (en honor al constructor –se dice), contemplando los firmes de la armadura, acostumbrados como están a los vaivenes centenarios de un tren que irrumpe, de vez en cuando, sobre el valle del Nareo: pensamos que con el ordenador y el CTC se habrán te-

nido que reciclar, también los sillares del Puente Tola, al ajetreo.

La Fuente l'Ablenu, La Teyera, El Molín de la Sala...

Cruzamos las aguas del Nareo, y dejamos a la derecha el penúltimo asentamiento de La Fuente l'Ablenu (una vez canalizada). El nombre se justifica, todavía, en las filas de *ablanos* y *ablanares* que se arriman, casi olvidados, en la ribera a nuestra izquierda, a la orilla del arroyo, o entre las fincas y las *güertas* colaterales al camino. De aquel *ablaniru*² quedó La

¹ NOTA SOBRE LOS TIEMPOS INDICADOS: como se acaba de señalar, la duración en horas señalada para cada ruta (que incluye siempre el tiempo de ida y vuelta) sólo indica el que empleamos nosotros como grupo en hacer el trayecto (sin prisa ninguna, por supuesto). Algunas se pueden hacer hasta en la mitad de horas. Pero en otras no sobrarán nada.

² En adelante, usaremos la expresión asturiana para recoger la comunicación con los lugareños, en muchas conversaciones con ellos. Por esto, léxico, frases, refranes, textos más largos, relatos enteros, procuramos transcribirlos como los escuchamos nosotros. En fin, es evidente una progresiva transformación de la lengua en los pueblos: menos *metafonía* (y sólo en algunos contextos), paso de *ts* (*š*) a *ch* (o, incluso, en *ll*), castellanización, etc. El resultado es, así, la coexistencia de formas diversas según los informantes y los contextos. Somos conscientes de ello.

Fuente l'Ablenu (La Fuente l'Ablanu, para los más).

El camino se vuelve ancho, apacible y, por tramos, bien empedrado, en homenaje a su condición de *camín de carros* hacia los altos de Quirós. Era el *camín* principal del valle que salía de las *caleyas* de La Pola y pasaba a los pueblos quirosanos al otro lado de La Coberteria.

Distraemos el frío en la conversación acompañada entre las lentas aguas del Nareo y la *xelá* de la mañana. A nuestra izquierda quedan las *murias* de La Teyera: una estructura semiderruida, que aún conserva los arcos de los *fornos*, escenario de tantas *fornás* de *teyas* y *ladrillos* con destinos en todas las direcciones desde La Pola.

A nuestra derecha, van quedando, también, las casas y cuadras del Molín de la Sala: una explanada hoy traducida a *güertas* y *prales*; lugar de la presa que recogía una parte de las aguas del Nareo para abastecer varios molinos hasta La Pola (de ahí, lo del Molín); y a pocos metros del mismo cauce del río: de ahí, lo de Sala (indoeur. *sal, 'agua, corriente de agua' entre los prerromanos –según parece).

La Fuente la Caleyá: La Fuente Vieya

Unos minutos más arriba, siguiendo la pista damos bajo las casas de Palaciós: poblado de resonancias palaciegas, conservadas con las referencias de Trascasa, Sobrocasa... (nombre de algún

primer poseedor señorial en relación con el *Palatium*, *Palatiosi), lugar de La Casona actual.

Nos asomamos a La Fuente Vieya o Fuente la Caleyá, justo a la derecha del camino: manantial en la ribera misma del río Nareo. Un tanto agitadas las aguas por esta época invernal, se acaban de llevar consigo, en los últimos *hinchentes*, una buena parte de la fuente reconstruida en piedra poco tiempo atrás.

Cruzamos el puente, El Pontón (antes de *maera*, de donde el nombre), y cambiamos de ladera. Seguimos ahora el *camín de La Flor*, que asciende apacible y empedrado por la derecha del río (subiendo), entre el murmullo de las aguas del Nareo, y el chasquido de alguna muleta más *gayaspera* en el empedrado de las calizas. Por algo, ya justo encima, van quedando las casas de Piedracea, que de sobra *asoleyan* el nombre hasta las piedras y las *pedreras*.

Hacia La Flor, vamos cruzando por El Caliru (también hablan del nombre aquellas *caliares* o calizas), y por Ricueva: 'el río de la cueva' (las riberas y *ribayas* del Nareo, a su paso por una oquedad mayor en la peña).

El Batán, La Capilla la Flor...

Pronto llegamos al lugar del Batán: desaparecido edificio justo bajo El Rabil (que conserva tres *muelas* fuera). Del Batán sólo llegó a los lugareños la tradición de que fue un artilugio en el contorno de estos pueblos para *abata-*

nar los sábanos, las sábanas, los cobertores... de tsinu y tsana.

Unos minutos más, y el camino da de *bruces* en La Capilla la Flor: una ermita rodeada por aquella siempre reverdecida *campa*, escenario anual de la fiesta en primavera; y lugar de tantos solaces relajados al atardecer sobre las aguas del río Nareo.

La discrepancia en el tiempo de las ventanas de La Capilla; un par de *ventanos* ciegos en la parte superior de la pared oeste; o las marcas de sucesivos añadidos en la misma nave de la ermita, delatan una estructura reconstruida poco a poco y por etapas, con los años.

Sólo una inscripción originaria en el dintel superior de la puerta principal, los restos de losas alineadas en la *campa* mirando al este, o los diseños geométricos de la *pudinga* en el pórtico de entrada, atestiguan la continuidad de un primer templo original, por rústico y exiguo que hubiera sido en sus comienzos.

Recogemos en diapositivas los detalles de la ermita, para prolongar en la memoria el sabor de unos cultos populares que irrumpen cada primavera en el silencio de la *campa*. Y seguimos por el ancho camino que continúa, valle arriba, casi parejo a las aguas del Nareo.

El caleyón de Morúes, les monedes de La Fábrica de Riabona...

Sin más murmullos que nuestras palabras fundidas con las sonsegadas aguas del río Nareo, nos

estiramos por el *caleyón*, ahora un poco embarrizado; lo escoltan robustas *castañares* que, a modo de gendarmes centenarios, lo protegen de las *barcias*. De cuando en cuando, saltamos de una a otra *vera del camín*, para evitar un poco la *fueya* del otoño, confundida ahora con el *focheral*.

El camino se alarga espacioso entre las *matas*, un par de meses atrás bastante más frondosas por ambas riberas del Nareo. En pocos minutos enlazamos con la pista de montaña que sirve de carretera entre Piedracea y Tablao.

Pronto pasamos por Morúes: despoblado actual, reducido a las últimas paredes que sirvieron de ajetreados cargaderos de carbón con destino al Plano, ya sobre la misma Estación ferroviaria de La Pola. Todavía se deslindan las *murias* de la que fue cuidada central eléctrica, polvorín, *faragua*...

En la profundidad del valle, cavilamos sobre el nombre de Morúes: tal vez, a partir del adjetivo plural *mauras* ('de color oscuro') > *mora*, más sufijo *-udas* ('abundancia, intensidad de') > *-úas, -úes* en asturiano, aplicado a



La Caleyá y El Puente Tola

unas zonas boscosas, más bien *aveseas*, en las que apenas entra el sol de noviembre a febrero. Morúes *ye*, ciertamente, *fastera moruga*, sombría.

Les muries de La Fabricona

Desde la vega más *avesea* de Morúes, pasamos a la otra más *soleyera* de Riabona (dos lugares emparejados). El nombre lo lleva también: una ‘ribera buena’ (lat. **rīpa bōna**), más abierta y productiva, a la otra parte del río (la que mira más bien al suroeste), no por casualidad, frente a Morúes.

Riabona es hoy una sucesión de fincas relativamente conservadas en lo mejor del valle (o en lo menos malo), que trasmite en los gruesos muros de sus *matas* una larga historia de trabajos en torno al *fierro*: La Fábrica o La Fabricona —que llaman los vecinos mayores de Piedracea—.

La Fábrica de Riabona, al lado del *camín real* y de la *calzá'l fierro*, llegó hasta los años noventa en un conjunto de detalles sobre la finca actual: *pontón de maera*, *arcos de piedra*, *fornos pa roxar* y *fundir*, *presa l'agua*, *balsa*, *exes pa les compuertas*, *varies ferramientes...* —nos van explicando sus dueños—.

Completan los vestigios algunas monedas legibles encontradas entre las abundantes escorias del hierro que permanecen bajo el césped de la finca más llana. Hoy las monedas están a buen recaudo de previsor lugareño: unas monedas irregulares (parecen hechas a mano), muy oxidadas por el tiem-

po, que se vuelven amarillas a medida que se urge sobre sus caras. Agradecemos el detalle y amabilidad del lugareño.

La calzál' fierro

Un poco más arriba, en el ribazo que asciende a nuestra derecha cubierto de *castañeros*, se desdibuja entre *les feleches* y *felechos* la *calzá'l fierro*: una amplia calzada que comienza en La Paradiécha (L' Aramo), pasa por La Mina'l Fierro (sobre Espines), y descendiendo tortuosa por La Manga les Fayes, La Parrona, El Requexón, La Caliar, El Sosechar, Armá, La Mortera y Riabona.

Por los vecinos del valle (Piedracea, Armá...), y a juzgar por *los cuatro riales que en ca viaxe ganaban los carreteros a xornal con la parexa*, calculamos que La Fabricona (lo mismo que La Fábrica de Fierros y La Bárcena de Villayana) fundió y transformó el *fierro* de L' Aramo hasta comienzos de siglo.

El caxilón y la moxeca del Molín de Tablao

Seguimos sin prisas por el *camín real* a Tablao, hoy traducido en pista: La Cuesta la Vayuga, La Pedrera la Cruz... Justo bajo las casas de Tablao, en la confluencia de los ríos que descenden del hayedo del Mofusu y de los altos de *Bildeo* (antes, también *abidulares*), llegamos al Molín.

El Molín de Tablao sobrevive al otro lado de las aguas, aquí un tan-

to agitadas, del Nareo, entre la fronda actual que ya no sabemos si lo recubre más o lo protege. El rústico molino conserva los signos de su pasado floreciente: *el caxilón*, *la muela*, *el exe*, *la moxeca...* También quedaron allí para contarlos.

Aquel mosaico de suertes ensambladas y de colores sembrados en Tablao

Subimos, por fin, la última cuesta, tampoco demasiado *pin-dia*: la suben los vecinos a diario. Alineadas en la cresta divisoria de las *irías*, se van perfilando las casas de Tablao.

Una vez más, las viviendas y las cuadras de un poblado se apiñan al filo de las pendientes, sin atreverse un palmo a entrometerse en los sembrados: *lo bueno*, *pa semar*: lo malo (en el mejor de los casos, lo menos bueno), *pa la xente* —se oye, no sin cierta sorna, en estos pueblos—.

El nombre lo dice todo en estilo figurado: Tablao, antes que lugar de casas, fue palabra latina **tābulātum**, aplicada imaginativamente a un conjunto de tierras alargadas, casi iguales, que, cuando estaban sembradas, parecían un mosaico de ‘tablas’ con distintos tonos, un *tablao*.

En efecto, tiempo atrás, en cualquier conjunto de sembrados coexistían (alternaban) tantos colores como ofrecía la evolución de cada uno de los productos entre la primavera y el otoño (*escanda*, *maíz*, *fabas prietas*, *arveyos*, *patatas...*). Con los calores del verano iban

cambiando los colores del mosaico: no todos los productos reverdecen ni maduran a la vez.

Y de ahí, el efecto del mosaico que recoge el nombre del poblado. Contempladas desde los montes de enfrente o desde los altos, aquellas *irías* de Tablao (primero propiedad de los vecinos de Palaciós, Piedracea, La Pola), hubieron de ofrecer a la vista un verdadero *tablao* metafórico de fincas de labor: cada *suerte*, una ‘tabla’ ensamblada con su vecina, y en contraste con el todo organizado. Las casas del pueblo se irían levantando después, al cuidado y al mor de los sembrados.

Los correos soleyeros pa los mozacos y les mozaques más pequeños

Tablao es en este punto un lugar de privilegio soleado: es pleno invierno, y, al abrigo del norte, observamos que *puertes*, *correos*, *ventanos* y *ventanes*, buscan el saliente casi todos, por lo que reciben los rayos de un sol reluciente, ya mucho antes del mediodía. *Tablao ye el chugar más soleyeru* —nos explican *gayasperas* unas vecinas que toman el sol *baxo un correeor*.

Y en la conversación con los vecinos y vecinas del *chugar* aprendemos mucho de los *correos*: unos *correos* bien orientados al sol, y, en parte, bien conservados. Por un buen rato pensamos en la función, imprescindible entonces, de tantos *correos* rurales (lat. **cūrrēre**, ‘correr’ + **-tor** > **-dor**, ‘lugar de’).

La explicación de los vecinos, escuchada ya en otros pueblos de montaña, coincide con el sentido del nombre: la de servir de 'lugar de esparcimiento, protección, con algo de "cárcel" infantil (¡qué duda cabe!), hasta los tres o cuatro años, siquiera; y con "rejas" de madera y todo. Eran las leyes impuestas por las labores del campo: o los chabores o los mozacos.

En resumen, los correos yeran los corralinos para los guajes de hoy, pero mucho más holgados aquéllos. Por ejemplo, observamos la medida ajustada entre las rejas torniás del correo (la balastrada y los balaústres del balastral).

O el correo, o les tierras: nun había guardería

Efectivamente, aquella rústica guardería inmemorial para salir del paso, tenía su función obliga-

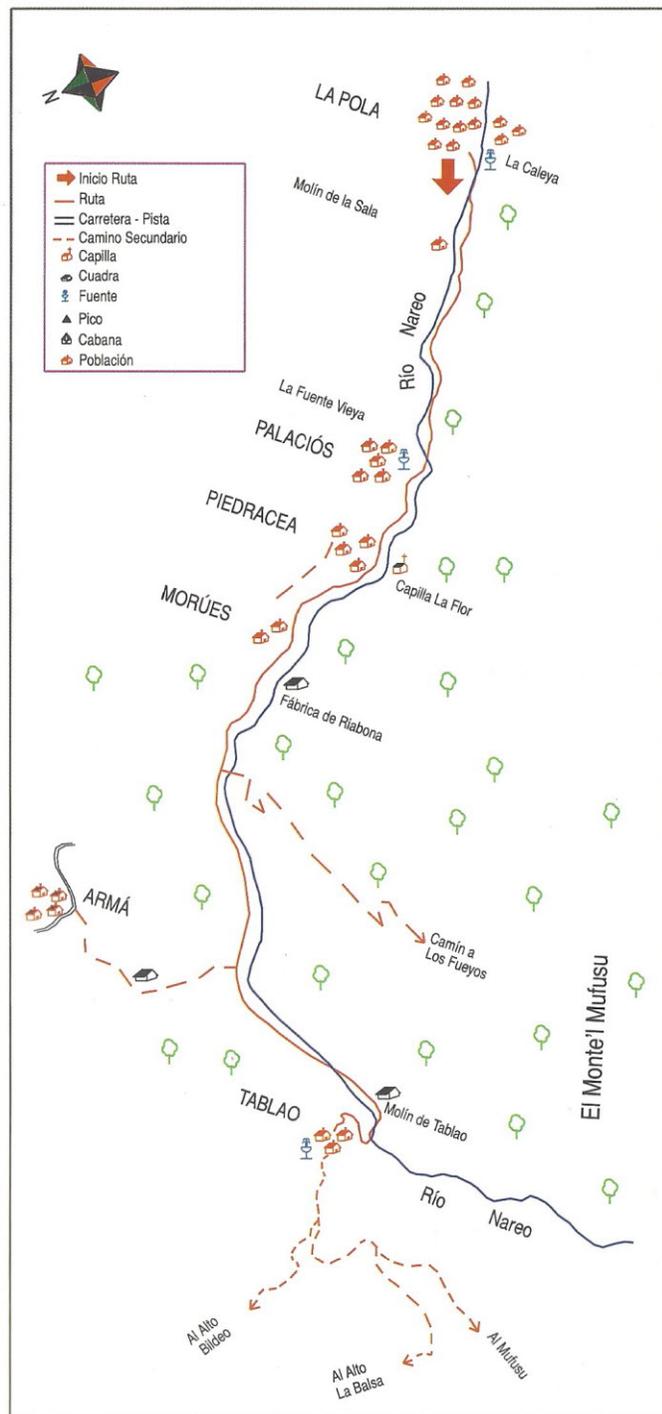
da tan sólo unas décadas atrás: los mozacos y les mozaques, los guajes más pequeños, nun podien dir con los padres y los güelos pa les tierras, hasta que nun se valien solos, cuando yeran mayorinos; hasta que nun tienen, siquiera, tres o cuatro años.

Por esto, les madres y les güeles, sobre too, tienen que aprovechar cualquier retu a media mañana, o a media terdi en una albá, pa sachar o arrandiar una estaya na iría, o un cuedru nel güerto; entonces dexaben los mozacos nel correo; con la puerta de la sala bien zarrá per dentro, pa que nun yos-diera por salir pal camín.

Otres veces, torgábase-yos un arca tras la puerta, por si yera fuerza mayor salir. Y, así, un par de hores pe lo menos, hasta que la madre se asomara a curiar por si algún ya había fecho alguna garúa.



Junto a La Fuente de Tablao



La rústica guardería programada (lejos todavía de los juegos informáticos, de la videoconsola, o del puericultor), debió funcionar de modo satisfactorio (*autoevaluación y heteroevaluación positiva...*), a juzgar por la abundancia y cuidados que representan las rejas torneadas (el arte) del *correor*.

El caso es que ningún mal recuerdo sobre el *correor* escuchamos en estos y otros pueblos, que no fuera —como se dijo— *alguna xostrá de bruces entel barro, por ser algún más atreviu o atrevía de la cuenta ente los barrotes del correor*.

El sabor de un bocata al sol invernizo del mediodía ente las parras del Ablaniru

Con la amena charla entre los vecinos y vecinas de Tablao, casi habíamos olvidado la hora del bocata, si no fuera por la mirada atenta de un par de gatos que, sin apestañar *baxo l' horro*, no quitan la mirada del *cuartarón* de una puerta que da a la cocina.

Y es que para calcular las horas en los pueblos bastan, también, las miradas de los perros y los gatos, cuando va llegando el mediodía, o la tarde está a punto de caer en *les caleyes*.

Así, *caleyes* arriba, llenamos las cantimploras en la *fuenta'l chugar*, sin más prisas que las de saborear aquel fluir sabroso y sobejo de aquel caño. Y con el *gorgocheo sele* ('sosegado') de la *fuenta'l caño* en los oídos, ponemos cota a la marcha en L'Ablaniru de

Tablao: rellano superior de las casas, en el camino que sigue a los diversos cordales de los altos.

Y, ciertamente, L'Ablaniru de Tablao es lugar bucólico oportuno para bocata y *filanguiru* al sol y en pleno invierno: entre los *carripoches* (las envolturas secas de los frutos), *las parras de los ablanos*, y el aroma de las *fueyas* y *fayas* del Mofusu.

Cuando la tarde se cuelga entre las fayas del hayedo

Sobre las tres de la tarde, pensamos que tendremos que ir dejando los *correores* de Tablao, la estancia soleada entre las *parras del ablaniru*, y el paraje gratuito que nos ofrecen acordes la vista y la brisa del *fayiru* del Mofusu. Nos despedimos de algunos vecinos que van subiendo a *poblar el ganao*, y desfilamos de nuevo *chugar abaxo, menos gayasperos ya que en la xubía*

La tarde empieza a bullir entre las *últimas fueyas* que el viento fue acorralando al lado del camino, o en los recodos de las riberas al murmullo cristalino de las aguas del arroyo. El *sol de ala* en el hayedo nos confirma que la tarde, en pleno invierno, se va colgando temprana en los altos del Mofusu.

Y así, al ritmo que marcan las aguas del Nareo van fluyendo las palabras de nuevo hasta La Pola, en uno de esos días más cortos en pleno invierno.

2. EL INVIERNO EN VALGRANDE: LA BISBITERA DEL ACEBAL Y OTRAS CASCADAS DEL RÍO LOS MESTOS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** El Brañichín, sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** El Ruchu, sobre Payares, hacia las 5 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** La Bisbitera, L'Acebal, el río Los Mestos, Polación...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-alto, no por peligros mayores (que no hay), sino por el riesgo de sentarse en el río, que en esta época invernal invade el camín de los vaqueros bajo El Brañichín y Coleo.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** pleno invierno (para contemplar La Bisbitera y otras cascadas más pequeñas, con el agua en torrentera). Ahora bien, con demasiado caudal, o con deshielos, no se baja bien por el camino que desciende parejo al río.
- **NOTA:** en caso de agua excesiva, hay que tomar la senda alternativa en El Yanón (pequeña braña con restos de cabañas), y seguir más altos por las los senderos casi perdidos del hayedo.
- **TIEMPOS:** ruta muy corta que se haría perfectamente en tres horas. El resto es tiempo para sentir las aguas entre las fayas de Valgrande.

DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos de las camperas del Brañichín, dormidas con el invierno entre los neveros de otro diciembre escaso en nieves. Cruzamos entre las praderas de la antigua braña sobre Valgrande, de la que sobrevive el nombre entre los apartamentos, las cafeterías, unos cuantos ganados de junio arriba, pistas todo-terreno y pistas asfaltadas.

Tiene su encanto la misma braña en el pleno invierno, cuando las lomas, el arbolado, los arroyos, sólo son formas adormecidas bajo el manto de la nieve, completamente blanco y cristalino por unos meses.

Siempre en dirección noroeste (unos 300° ahora, cruzamos la tupida campera rasa (por algo llamada La Veiga), antes rodeada de

cabañas, a la derecha de la cafetería cimera actual y del *regueru* que se dirige a Valgrande.

Al final de los *mayaos*, sin perder el curso del arroyo, tomamos la pista forestal que ladea el montículo por la izquierda (El Alto La Veiga). Como a los 200 m de pista, identificamos la senda de carretas y vaqueros (hoy muy desdibujada), que sigue horizontal sobre el cauce del arroyo (dejamos la que asciende por la derecha hacia la cima).

Cuentan en estos pueblos del Payares que, por la *calzá* de la Bisbitera, los carreteros subían con sus bueyes las maderas que vendían a los vecinos leoneses por un buen precio. Hoy, la calzada está en parte irreconocible, semiculta entre las zarzas y el monte bajo.

Descendemos otro pequeño tramo (unos 5 minutos) por las curvas del camino (recientemente rozado), hasta que se introduce hacia el robledal, tras una hilera de abedules. Aquí mismo volveremos tras contemplar una *bisbitera* en pleno invierno, para descender luego monte abajo, a la derecha, hacia la braña del Yanón.

Los cincuenta metros en cascada de La Bisbitera

De momento, en esta bifurcación de la senda, seguimos descendiendo paralelos al arroyo (a la izquierda), a través de un sendero limpio de zarzas en un buen tramo. Al final está *La Bisbitera*: en el léxico de la zona, ‘cascada más o menos impetuosa y constante’.

A unos 200 m, llevados por el murmullo que sale inconfundible del barranco a nuestra izquierda, nos detiene el chorro en torrentera, bien nutrido por febrero arriba: el *regueru*, como sorprendido de imprevisto en la cima del barranco, se desploma vertical unos 50 m, en forma de estirada y difusa cabellera.

Las aguas del arroyo, tranquilas más arriba por la braña bajo La Veiga, se descuelgan escindidas en tres chorros; o se esparcen pulverizadas por la corriente que las hace rebotar contra las rocas del pequeño cerco (circo) sobre el hayedo. El hilo central es más grueso y compacto; los laterales, parece que se esfuman entre la pared brillante y el vacío.

Los tonos de la cascada completan el mosaico: en el centro del chorro mayor, casi blanquecinos; un poco a los lados, más verdosos, sobre una fina capa de moho, crecido en épocas de caudal escaso. A medida que se alejan del chorro central, los colores se vuelven más ferrosos, oxidados, o completamente negros, según la naturaleza de la piedra (feruginosa, *oxiza*, de pizarra).

La humedad de la cascada sobre el barranco se continúa en los árboles del hayedo: un moho plateado fue creciendo con el tiempo sobre los troncos y las ramas; es un *mofo* muy notorio cuando los árboles están, como ahora, completamente deshojados; se diría que les sirve de protección contra el frío, en tanto vuelvan las nuevas hojas con la savia renovada.

Bidones furrumientos y ruedas sobre el arroyo

Durante unos minutos retorremos la vista sobre unos cuantos bidones oxidados y varias ruedas de coches rellenas de grijo, que se dirían plantadas sobre el cauce del arroyo.

Y con la vista retorcida como los *fierros furrumientos*, deshacemos la senda, entre el murmullo triste de la bisbitera, y las imágenes guardadas a un tiempo en la recámara y en la retina.

Cerramos esta página abierta en las entrañas de Valgrande, con la lección bien entendida de lo mucho que queda por aprender, en estos tiempos, para estar a la altura de una cascada y de un bosque como Valgrande.

De nuevo sobre l'abidular, rectos abajo por el hayedo limpio

Desandamos el camino cuesta arriba hacia la bifurcación dejada sobre l'abidular (a poco más de un cuarto de hora). Una vez en la encrucijada, giramos a la izquierda (unos 50° en dirección nordeste), y comenzamos a descender bosque abajo.

Una línea de pequeños abedules, que se prolonga horizontal por la ladera, marca la antigua calzada, ahora escondida bajo los matorrales de ambos lados. No obstante, apartando las retamas, seguimos bien hasta adentrarnos en el suelo limpio de los robles y las *fayas*. Sólo un poco de cuidado entre el *mofo* y esas plantas siempre verdes (como el *blime*, las *felechas...*) de los *fayeros* en el invierno.

Cortamos bosque abajo al hilo de la loma que continúa hasta la pista de L'Ablanea. Estamos en invierno, y el bosque (en parte robledal, en parte acebos) sigue completamente limpio, una vez planchadas las *felechas*, resistentes, incluso, con las últimas *nevás*.

Siempre buscando el norte, nos vamos arrimando a la cara este de la loma, sin desviarnos demasiado de la cresta: no cambiamos hacia el oeste (hacia el arroyo), porque las sendas están cubiertas de *urciales*.

El camín de la maera y de los carros: las vueltas y revueltas de Las Revolticas

Poco más abajo (a unos 500 m) volvemos a descubrir un amplio

tramo de la calzada que serpentea hacia el alto perdida hoy en los *perornales*: la seguimos unos metros hasta que vuelve a los *urciales*.

La caja del camino (*el camín de los carros*), muy disimulada bajo el manto ocre de la *fueya* en el invierno, descubre los restos de las pedreras que servían en el trasiego de carretas y carreteros hacia el alto de La Veiga. Por ella subían los bueyes la madera de Valgrande hacia los rellanos del Brañichín —nos contaría luego con detalle Justo en San Miguel—.

Con la sinfonía del silencio por la loma del *fayeru*, siempre abajo y siempre al norte, atajamos de curva en curva: por algo al desdibujado camino llaman con precisión *Las Revolticas*.

Casi sin darnos cuenta, topamos monte abajo con L'Acebal: un primer *mayáin* en la cresta más despejada de la loma, sobre el que sobreviven escasos *acebos* para contarlos.

Las cabanas y piruyales del Yanón

Siguiendo las sendas de los ganados, descendemos a un *mayéu* también en la línea divisoria de la loma: El Yanón (rellano que tuvo antigua braña). En él sobreviven dos *cabanas*, en parte derruidas: la primera, bajando a la derecha; la segunda, a la izquierda, bajo una gruesa parra de *piruyales*, a punto de brotar.

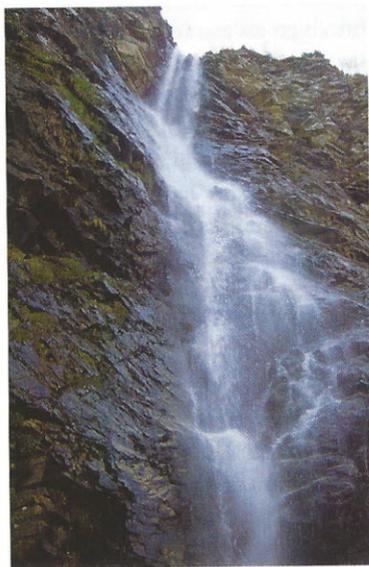
Nos imaginamos los cuidados que pondrían, tiempo atrás, aquellos vaqueros y vaqueras del

Yanón, para lograr las *peruyas*, una vez entrada la *seronda*, lejos de los frutales de casa.

A nuestra izquierda asciende ruidoso el rumor del arroyo (el de La Bisbitera) entre las *fayas*. Nos acercamos a escucharlo. Tomamos, de momento, dirección oeste, para contemplar otro par de *bisbiteras*, más pequeñas. Nos dejamos aturdir un buen rato por aquel par de torrenteras que inundan por el invierno las entrañas de Valgrande.

El descenso del camino que corre paralelo al río

Ciertamente, para contemplar las cascadas, bien está que bajen ruidosas y nutridas con el deshielo o los desnieves (cuanto más agua, mejor). El problema se plantea ahora, más abajo, cuando esas



La Bisbitera del Acebal

mismas aguas sigan su curso, invadiendo en parte el mismo camino tan fresco y placentero en el verano: una subida a las brañas, siempre a la sombra de las *fayas*, y al frescor de estas mismas aguas.

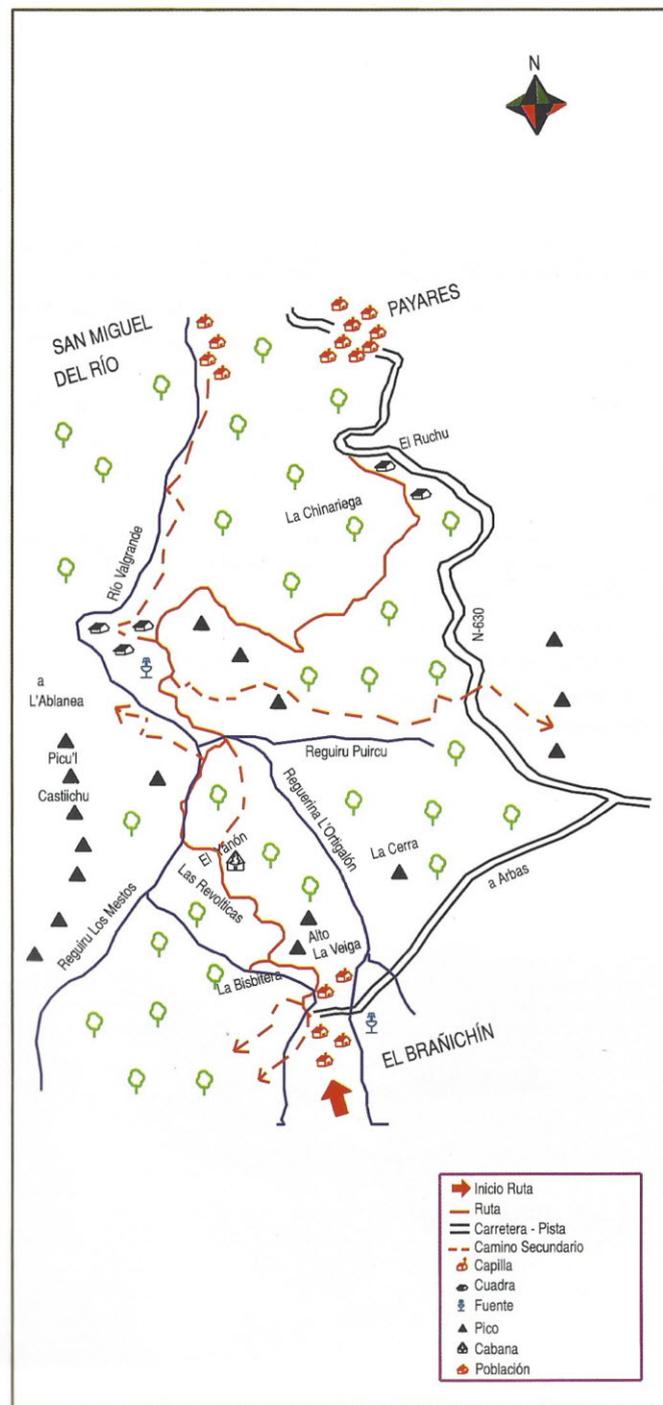
Nevó bastante este año, pero bajamos bien el río (casi siempre por su margen derecha), siguiendo la vereda de vaqueros, caballerías de montura y otros ganados. En algunos tramos, no obstante, la senda casi se borra entre hojarascas, restos de troncos, y algunas ramas desgajadas.

Es invierno, pero va la primavera adelantada. Comienzan a brotar a medio bosque las primeras *fayas*, las *ablanares*, los *ablanos*... También nos extraña el tamaño del *fayucu*: unas gruesas cápsulas ya secas en el suelo, que hacen suponer semejantes gruesas bayas. Dejamos de extrañarnos al colgar la vista en la ruda robustez de aquellas *fayas* de Valgrande.

Seguimos descendiendo la senda del Yanón por la ribera del río: no falta quien está apunto de sentirse antes de tiempo con algún resbalón mal dado. El cauce se vuelve más ancho y apacible a medida que descendemos hacia la pista fondera de L'Ablanea.

El Reguiru los Mestos: la confluencia de las aguas en el *confurcu*

Un poco más abajo, en Los Mestos, coinciden dos regueros (el nombre lleva el sentido de la



unión de las aguas, *la mestura*): uno, el que desciende de Coleo (izquierda bajando); el otro, el del Brañichín, por la Bisbitera. Entre ambos, arriba y en medio, la braña de Pedro Cano en un otero: también en parte ya olvidada.

Es casi la una: en el monte, la hora justa del bocata. Reparamos fuerzas sobre una enorme *faya* abatida por algún rayo envenenado un mal día de temporal: hubo de ser corpulenta, tiempo atrás, aunque está quemada de medio arriba, y completamente recubierta de *mofo*.

Con el sol de media tarde todavía haciéndose un hueco entre las ramas, seguimos camino abajo con los permisos del río. En ocasiones cambiamos a la ribera izquierda, como si ambos (camino y río) se fueran poniendo de acuerdo para dejarnos siempre un paso libre. Pensamos que, con más agua, no podríamos hacer el camino.



El Brañichín en pleno invierno

Y de la senda de los vaqueros por el río, a la pista de Polación

Sobre las tres de la tarde, bajamos, por fin, a la explanada que se abre ante la pista, entre El Ruchu y L'Ablanea: Los Duernos (la hondonada va en el nombre).

Tomamos la carretera del bosque sin asfaltar (de momento) a la derecha, y cruzamos sobre los regatos de L'Ortigalón (que baja del Brañichín por El Cancechón), y Reguiru Puircu, el que baja del Hotel (aunque lo de Puircu ha de ser por la abundancia de *xabalinos* en la zona, los *gochos del monte* en los pueblos).

Entre ambos regueros, en la loma, la reducida braña del Castrión (no por casualidad, frente al Castiichu) guarda el recuerdo de la llamada Cabana los Madreñeros. El lugar necesita pocas explicaciones: un pequeño homenaje a

tantas generaciones de artesanos que, por voluntad propia o ajena, tuvieron que pasar verano tras verano fundidos con el hayedo.

Doblamos la cerrada curva en cuesta a la izquierda, y por la pis-

ta casi llana, pasamos Polación, La Mortera y damos en El Ruchu. Tomamos el coche de repuesto y volvemos al Brañichín a por el resto.



La Venta Casimiro (El Alto'l Puerto): un día de *carámpanos* colgando del *teyao* (foto de Ricardo -Venta Casimiro-)



Sobre las aguas invernales del río Valgrande: El Troncaal de Vayo Cimiru

3. EL PICU RANERO Y EL DOLMEN DE PADRÚN: DE LA POLA A ESPINES, CON VUELTA POR SAN FELIZ

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** La Pola, sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** La Pola, sobre las 5 de la tarde (se hace en bastante menos).
- **PARAJES DE INTERÉS:** El Valle, La Yana'l Monte, La Campa, La Sierra'l Pibidal, El Mayéu Espines, El Dolmen de Padrún, El Picu Espines, La Calzá la Vieya, El Picu Ranero, Chamayor, San Feliz...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio (ni pendientes excesivas, ni pasos difíciles, pero hay algunas sendas poco frecuentadas en los altos).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** invierno o primavera (en verano, pega mucho el sol en la subida; y en otoño, está demasiado pelada la sierra, por sí misma carbonífera y poco arbolada).
- **TIEMPOS:** se haría bien en cinco, seis horas...

• **DESCRIPCIÓN DE LA RUTA:**
Salimos de La Pola por el puente Chencia. Respetamos la senda del Corraón, y por los *caleyones* a Los Campos, damos en Vache: ahora El Valle entre los lugareños, para distinguirlo del de Zurea –nos argumentan en el pueblo.

Repletas las cantimploras en la fuente pública (estas cimas son escasas en agua), salimos del Valle por *lo cimero'l chugar* (a la derecha), en dirección a los *praos* de Rozá. También podíamos haber tomado el otro camino más apacible que se desvía al mismo punto por la izquierda del poblado. Pero es más largo, y no merece la pena a estas horas frescas más tempranas.

Pasado el depósito del agua, y algunos tramos un poco pizarrosos del camino, tras la cuadra de la Paradiecta, tomamos una senda que serpentea arriba hacia los *praos* de Rozá. El nombre es transparente: conjunto de *carbas* y *fele-*

chales (algunos convertidos hoy en *praos*) *soleyeros*, tempranos, apacibles, en la pendiente suave.

Este tipo de zonas soleadas se *rozaban* una y otra vez en épocas pasadas, bastante más precarias. De aquellas *rozás*, se recuerdan estas *rozás* por temporadas, por años..., según la recuperación del suelo esquilado. De ahí, el nombre.

Cuchu Pesebre, La Yana'l Monte...

Sobre estos primeros *praos*, dejamos el camino horizontal que sigue en *yano* por la izquierda de Quentu Padrún hacia Las Fonticas. Tomamos la senda más estrecha que asciende a Cuchu Pesebre: una serie de fincas en alto, en *cochéu* (lat. *collu*, 'cuello'), y a la vez en vaguada, empozadas detrás de algunos cantizales menos erosionados, que semejan metafóricamente un gran *pesebre* natural (lat. *praesepe*).

Siguiendo la misma dirección (unos 120° surdeste), pronto damos en el siguiente collado, La Yana'l Monte, de nombre también allí justificado: una vistosa explanada (lat. *plana* > ast. *yana*) en pando (en depresión), cuya puerta de la cuadra busca, una vez más, el sol de la mañana.

Lo de *monte* es evidente: se trata de la última *yana* con finca de pradera, bajo la *carba* y los pequeños hayedos del "monte" que asciende hacia la cumbre entre Espinas y Ranero. Es la *yana* cimera antes del bosque y los pastizales del común.

Asomados a la atalaya que hace de mirador a media ladera, contemplamos abajo las casas de La Pola, estiradas en las riberas del río Lena; un poco más arriba, las de Palaciós y Piedracea, también sobre la cuenca del Nareo. Es como si la vida de los poblados y los ríos siempre hubieran de discurrir paralelos.

Les chábanes pa los teyaos, y pa les aceres de La Pola

Dejamos a la izquierda la senda que se eleva poco a poco hacia Ranero, por La Chabanera: *cante-ra* de donde se acarreaban *les chábanes pa les aceres de La Pola, pa los teyaos, pa les preses de los molinos, pa les xebes...* –nos cuenta algún vaquero–.

Dejamos que el camino a Ranero siga a la izquierda por La Fuente'l Nacimiintu (donde nace el *regueru* San Feliz), y ascienda sobre Los Conforceos (lugar de confluencia de *forcaos*, horcajos), por El Mayéu l'Oso, por La Vieya... Saldríamos en poco más de media hora a Ranero.

Nosotros seguimos hoy, en cambio, la otra vereda que se dirige a La Campa, a la derecha, en dirección a Espines: pastizal apacible arriba, al surdeste, donde un caballo *enteru* se esfuerza afano-



El Dolmen de Carabanés: *coberteras* mayores

samente en que ni una yegua se desvíe de su "harén". Y hasta lo consigue.

Justo desde el *mayéu* de La Campa, otra senda, un poco más estrecha ya, sale recta arriba por La Cuandia'l Pibidal, entre unos riscos (unos 80° nordeste), directa a los picachos en cadena que se suceden hasta la cima (La Sierra'l Pibidal).

La senda se eleva de *mayáin en mayáin*, cada vez más al surdeste (120° ahora) a medida que se aproxima a los canalizos cimeros de La Campanaria: L'Ablanosa, La Maserona, L'Ortigalusu... Atravesamos ahora una media docena de *canaletos* pendientes, con piedra suelta y pudinga en algunas vetas, bastante más propicios para el carbón que para el pasto.

Hay también otros caminos más fonderos hasta Espines, pero parecidos en malezas por el escaso trasiego.

Los arbustos de La Sierra'l Pibidal

Una circunstancia venimos observando en la vegetación de toda esta zona alta, bajo El Picu Espines: donde hay menos piedra el cordal está lleno de plantones que parecen *peruyas*, *piruxechos*, *brunos...*, adaptados al terreno: no crecen como las del valle, a pesar de que dan los mismos frutos —nos aclaran luego en el pueblo—.

Tal vez de ahí, el nombre del *Pibidal*: las *pebidas*, 'pepitas', semillas..., que por alguna razón germinan en esta zona de piedra ne-

gruzca y de carbón, casi a cielo abierto. Precisamente por ello, tampoco crecen más del metro.

La senda nos va llevando hacia Espines, sobre Bucé, siempre al surdeste (120°). De crestón en crestón, volteamos sin problemas las últimas *cuandias* en cadena, trasiego centenario de lenenses siempre de paso entre el poblado, las brañas, o las mismas tierras castellanas.

Y tras el último paso en *cuaña* (lat. **condita**, 'escondida'), dejamos, por fin, la pendiente, y cambiamos de paraje con la perspectiva que se abre en todas direcciones. Es la campera del Mayéu Espines: una amplia explanada, de aguas vertientes a medias con los vecinos alleranos.

Unes cuantes espineres justifican todavía el nombre, aunque hayan sido desterradas hoy del centro de la pradera.

Por fin, El Dolmen de Padrún

Por la senda que parte del Mayéu Espines (antiguo *camín real*), cortamos *carba* a través en dirección surdeste, rectos entre tanto zigzag y tanta pista al azar entre los brezos. En pocos minutos alcanzamos la atalaya cimera del Padrún: El Dolmen de Carabanés *pa los alleranos*.

El recinto del Dolmen se sitúa justo bajo el picacho cónico rocoso, sobre la finca cercada con *pareón*, donde el camino comienza a enllanar hacia Carabanés.

Subimos la pequeña escalinata que incontables pasos milenarios

parecen haber tallado en la roca. Allí se esconde, estratégica y discreta, la campera circular de un mismo dolmen con varios nombres: *El Dolmen de Espines*, *El Dolmen del Padrún*, *El Dolmen de Carabanés*, *El Cementerio de Carabanés...* (según que los informantes sean lenenses o alleranos).

El conjunto arqueológico adquiere con el tiempo interés creciente, en parte alientado por la desestima con que la investigación de estos temas suele tratar el patrimonio rural, lejos de las trilladas áreas urbanas, y estudios consagrados en congresos de renombre. Y a lo mejor hasta lo agradece el dolmen.

Las toscas formas de los morrillos en la atalaya

Sobre la campa uniforme y circular (unos 70 x 70 m de diámetro), rodeada de un monte bajo que apenas invadió el césped de la pradera, parece levantada a mano la pequeña atalaya de los *morrillos* geométricos: seis grandes piedras, entre derechas y tumbadas (alguna ya desplazada al *felechal*).

La piedra mayor (3 x 1,10 x 0,30 m de grosor), desplazada en dirección este-oeste, protege un recinto cuadrado (2 x 2 m), con piedras menores que parecen haber sido el soporte original de la *cobertera* ahora caída. La cara que mira al surdeste está abierta. Este es el centro del recinto.

Pocos metros más arriba, bajo la masa rocosa, en parte raída y re-

dondeada, sigue enhiesto otro pedrusco rectangular (1,20 x 1,20 x 0,20 m), que limita otro recuadro, algo menor que el anterior. A ambos lados, unos metros al surdeste y al noroeste, dos gruesas losas tendidas en el suelo parecen, también, desplazadas de su función de *coberteras*.

Algunos restos de *murias* circulares en la cara surdeste de la atalaya, y un par de *chábanas* más en el *felechal*, completan el núcleo de una leyenda a medias entre alleranos y lenenses: que allí está el cementerio de los antepasados de estos dos concejos, cuando los primitivos vivían por los altos.

El respeto secular de los vaqueros hacia El Dolmen

Pero en realidad, como testigo más fidedigno entre tantas inclemencias de los tiempos, sólo va quedando uno: el respeto inquebrantable con que los vaqueros lenenses y alleranos siempre trataron estas piedras en aquella misteriosa campera.

Todavía hasta la fecha, a ningún vaquero de estos cordales, tantos siglos *vaqueriando* entre El Padrún y Carabanés, se le ocurrió (todavía) convertir los pedruscos en soleras de *cuadras nin de cabanas*, en *morrillos de pareón*, en *chábanas de cierre...*

Hasta aquí y hasta hoy (por lo menos, y de momento), llegó aquel respeto plantado con los *morrillos* en la estratégica campera del Dolmen de Carabanés.

El entorno del Dolmen más allá de los romanos

Otras circunstancias y otros nombres refuerzan el entorno arqueológico de estos altos, antes y después de los romanos. En principio, la proximidad del Dolmen a la *Vía Romana de La Carisa*: a sólo unos 30 m bajo el recinto discurría de Pendilla la apacible calzada, siempre al filo de la misma cima hasta Carabanzo.

En segundo lugar, la conexión del Dolmen con los restos megalíticos, oficialmente estudiados en el cordal vecino del Aramo: desde el propio recinto de la campera del Padrún, encaramados en las cimas de La Cerra (justo enfrente), contemplamos todo el valle y los altos de una misma Cobertoria (la de Brañavalera y la de Santa Cristina).

En efecto, desde el entorno del Dolmen del Padrún (desde La Cerra) conectamos visualmente con Los Fitos, Campa la Soma, Los Veneros (al oeste); el Alto y El Mayéu la Cobertoria (al sureste)... Todos ellos con vestigios arqueológicos prerromanos (excavaciones documentadas).

Y un detalle final: los dos búhos de las columnitas centrales en la ventana que mira al este en la ermita de Santa Cristina (justo a nuestros pies) eran símbolos totémicos en los cultos prerromanos. No por casualidad han de estar orientados al Dolmen de Padrún.

De vuelta hacia Ranero por la cima del cordal: El Picu Espinas

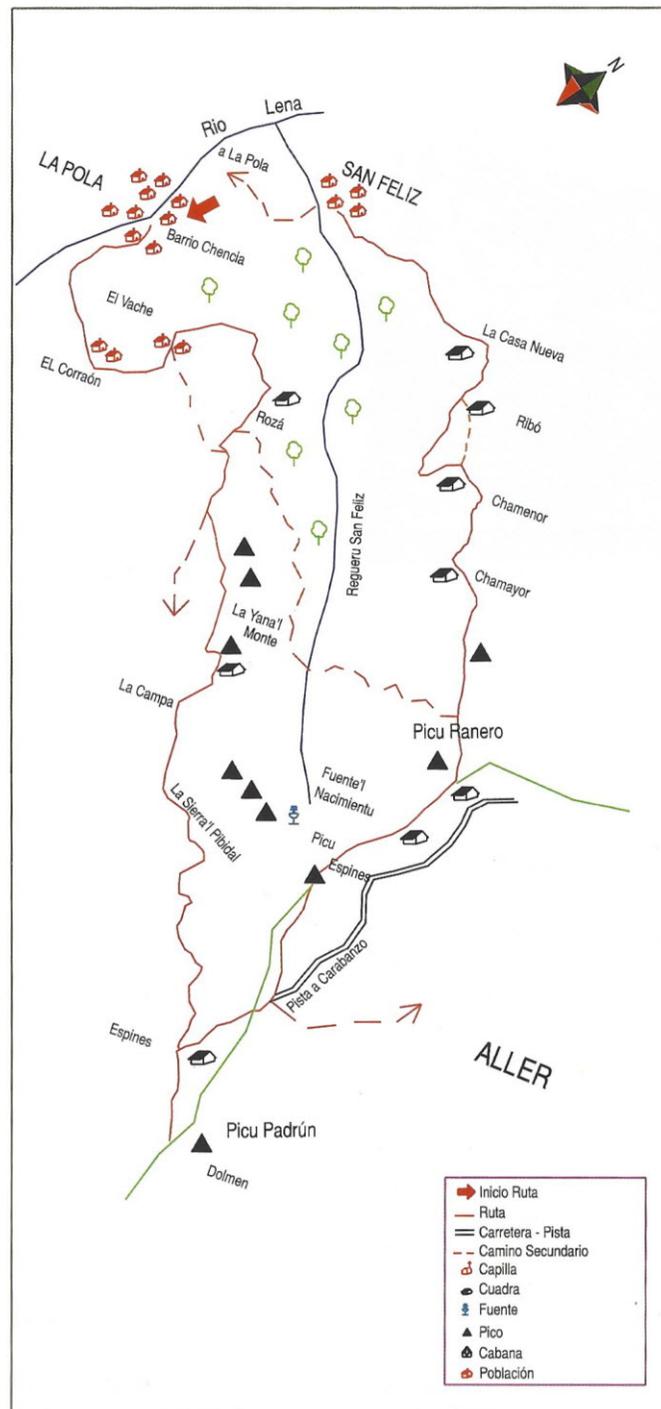
Tras la reposada sobremesa del bocata sobre el recinto de resonancias milenarias, dejamos la pista y la vía romana hacia Carabanés, y regresamos hoy al Mayéu Espinas (es invierno y los días se estiran poco al atardecer).

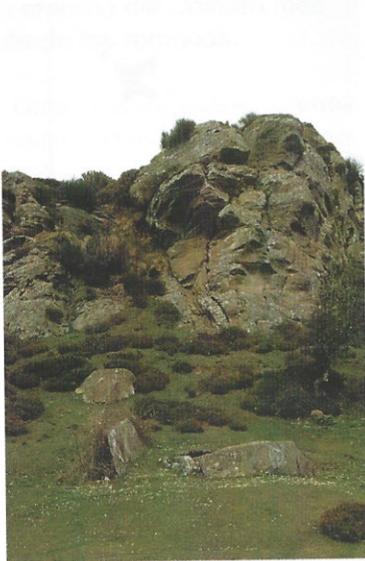
De nuevo en dirección noreste, por tanto, otra senda se perfila inconfundible directa a la cresta del Picu Espinas (unos 300° noreste). Dejamos que la pista siga en *yano* a Carabanzo, y subimos monte arriba, más bien por la derecha del cordal. Un filón de fina pudinga y cantos rodados se prolonga hacia los canalizos lenenses.

En pocos minutos nos encaramamos sobre El Picu Espinas (1193 m). Un nuevo mosaico de pueblos dibujan desde aquí el poblamiento en las riberas del río Lena: los barrios de Campomanes indecisos entre los valles de Payares y del Güerna.

Contemplados desde el Picu Espinas, se diría que los poblamientos fueron sabiamente distribuidos en forma de iconos por los espacios más estratégicos que permitían las condiciones del valle, de la media ladera, o de la misma falda de las calizas: se diría que hasta el último caserío, hoy tal vez ya despoblado, fue en su día objeto de programación repensada (sin diseño por ordenador ni nada).

Por la senda que serpentea entre ambos concejos (lenense y allera-





El Dolmen de Carabanés

no) al filo de las crestas divisorias, siempre buscando el norte (casi 360° ahora), pasamos bajo las fincas de la cima (los *praos* de Espines) por la cara lenense.

En otros “cuatro reblagos” oteamos el nuevo paraje que se abre desde El Picu Ranero (1088): justo debajo, San Feliz; a la derecha, La Viña, Cabo, La Mora, El Retrunal, La Pena'l Cuirvu, El Castiechu...; más allá, Ujo, Santullano, Mieres, Cenera, Turón, Urbiés...

Y de Ranero, a San Feliz por Chamayor, Chamenor...

Relajada la vista desde la cima, y sin explicarnos del todo el nombre de Ranero, comenzamos el descenso cavilando sobre el topónimo: el nombre personal es in-

frecuente, y las *ranas* no se ven saltar con frecuencia en este entorno seco y pedregoso; ni parece lugar hidronímico, al no nacer allí tampoco arroyo alguno.

Bajamos sin problemas loma abajo (unos 300° de nuevo) por cualquiera de las sendas que confluyen en las fincas apacibles que ya divisamos a nuestros pies: Chamayor y Chamenor (las dos ‘llanas’, *chanas*, antes: ‘mayor, la primera; más pequeña, la otra’).

De Chamayor, a la izquierda y abajo se va desviando un camino que desciende a San Feliz por La Casa Nueva, Ribó, La Ribaya... Más a la derecha baja otro por la loma de Les Invesnaes a La Ribaya, a La Corrona... (tomado en algunos tramos por las zarzas).

Por cualquiera de los dos, en menos de una hora olvidamos los abrojos del camino con las aguas de la fuente en San Feliz. Y, como vamos bien de fuerzas, seguimos dando *chiruca* de nuevo a Chencia, cruzamos el puente de la autopista, y a casa.

4. EL VACHE HORRIA: DE FIERROS A LA ROMÍA POR EL ANTIGUO MONASTERIO

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Fierros (La Viguichina), a las 8,30.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Fierros (La Viguichina), sobre las 6 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** restos del Monasterio de Horria, Alto de Torrones, los fayeos de La Pisona, El Castiichu, La Romía, los poblados de Cabezón, Naveo...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** media (algunas pendientes, picachos opcionales, sendas, cruce de regueros...).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** invierno tardío, primavera, otoño...

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos frente a la explanada de Renfe. A medida que ascendemos entre las casas de Fierros, silenciosas a estas horas, vamos buscando el *camín de Horria*. Y vamos contemplando las desaparecidas vegas sembradas de La Viguichina (primero y originario nombre del actual poblamiento en Fierros).

Hoy, lo que fue La Viguichina está ocupado por el complejo de RENFE: estación, vías, *cantina*, trenes en silencio que esperan la hora de salida...

El resto de las casas de Fierros también conserva en sus fachadas los signos de una época bastante más activa y *gayaspera*: los comercios de *comestibles*, el trabajo de los *renferos*, las *contratas*, los viajes y los viajeros esperando siempre un tren a punto de irrumpir en la estación...

Por las pedreras del Monasterio

Quedan, todavía, en Fierros algunos edificios de azulejos uniformes

y brillantes; ladrillos *vistos*, un tanto carcomidos con el tiempo; *fierros* ... Quedan en Fierros los trabajados artesanos en los muros de piedra que sostienen las vías del tren: una piedra labrada con las manos de tantos lenenses de estos y otros pueblos, venidos al *tajo* desde mucho más allá de estas montañas. Eran épocas de inmigración en Lena.

El camino a Horria está marcado con algunas flechas amarillas, que pueden ser muy útiles en los cruces y en días de *nublina*. Comienzan a empinarse las *pedreras* pueblo arriba entre gruesos *pareones* (bordando las casas a la izquierda). Cada año están estas *pedreras* un poco más carcomidas por las aguas que descienden a sus anchas sin *aguatochos* (“presas a las fincas”). Y cada año, un poco más angoso el camino entre las *xebes*.

De lo que fue el monasterio de Horria en las tallas de un dintel

El camín asciende hacia Horria entre los *praos*, siempre buscando

la altura en *travesera*, más bien a la izquierda, al surdeste. Las *pedreras* se empujan por los tramos artesanos y las *chábanas*, ya sin *travesones*, que el tiempo fue dejando al natural.

En la primera explanada de fincas buenas (Las Chindias), queda una piedra del antiguo monasterio, recolocada sobre la puerta de la *cuadra* por su entrada principal (junto al cobertizo); es un tosco sillar que hace de dintel, en el que se lee una fecha: 1762 (ángulo inferior derecho), reproducida con más nitidez un poco más arriba, en la misma piedra.

Una desdibujada cruz latina en el centro del dintel, y una larga historia de leyendas ensambladas, mantuvieron la tradición hasta hoy de que la piedra tallada de Las Chindias procedía de la capilla del monasterio ahora reconvertido en establo.

Y junto a Las Chindias, El Xitu: otra extensa finca, más bien pendiente y *soleyera*, que los mayores del valle recuerdan sembrada de escanda (unas 20 *peonás*). Pertenció luego a una posesión mayor, venida a menos con las deudas y los tiempos:

“*Nunca falta un buen espardeor pa un buen axuntaor*” –nos cuentan con gracia a la vuelta en Fierros–.

En las fincas superiores del monasterio, en lo que hoy llaman Horria, otra *cuadra* conserva, también en el dintel de entrada, la fecha de 1777 (algunos retoques de gravado parecen compensar el deterioro de la inscripción autén-

tica, ya muy desdibujada). La cruz también está reconstruida.

Un monasterio en cada ladera del Payares: al saliente, Munistiriu; más a l'aveseo, Horria

Todo el conjunto de Horria y Las Chindias (a unos 850 m. en altura) se localiza paralelo a Munistiriu: el otro cenobio nonacal justo en la ladera opuesta del valle del Payares, en el *camín de los peregrinos* que venía por Yanos y se dirigía a Fresneo, San Miguel, Herías...

Dos rústicos monasterios, en fin, casi simétricos en cada ladera del río Valgrande: uno, el más sombrío, por el camino de Pendiella (Horria); el otro, más soleado, por el de Arbas, San Miguel, Yanos... (Munistiriu).

Los pueblos del concejo, vistos desde los altos de Pie Ferriru

Ya sobre Horria, el camino continúa más bien enzarzado entre los *matos*, por lo que es preciso seguir la senda paralela que va entre las *carbas* y los *praos*. Subimos bien. Pasada la fuente (derecha del camino) y el *regueru*, llegamos a los picos de Pie Ferriru: dos salientes cónicos que presiden el valle de Parana y San Andrés.

El poblado de Parana es otro ejemplo del estudio calculado de los pobladores sobre su entorno: casi todas las casas, las puertas, los *correores*, los balcones, las

ventanas..., se abren al poniente, como único recurso para captar los rayos de un sol que la inclinación de la vertiente les impide entrar desde el este.

Desde los picos de Pie Ferriru contemplamos, en fin, una abierta panorámica, concejo abajo: a nuestros pies, Fierros y Fresneo; a la izquierda, Heros, San Miguel y Herías; a la derecha, Güeches, Casorvía, Malveo; al fondo, Campomanes, La Pola, los altos de Muñón...

Al fondo y al oeste, se recorta sobre el cordal del Carril (sobre Yanos) la capucha rocosa de Pena Rúa (bien *arreondiá*), casi siempre blanca y brillante entre diciembre y marzo: en parte, por la caliza; y si no, por la nieve acumulada.

Los poblados cimeros bajo un bosque, y bajo un nombre prerromano: Torones

Desde los *mayaos* de Pie Ferriru nos dirigimos a Torones: dicen en Parana que sobre aquellas *serraspas* paraban mucho los *ferres* (el azor) a vigilar los sembrados y el ganado menor de estos pueblos. De hecho, un poco más abajo, está *El Picu l'Aguila* (con referencia evidente).

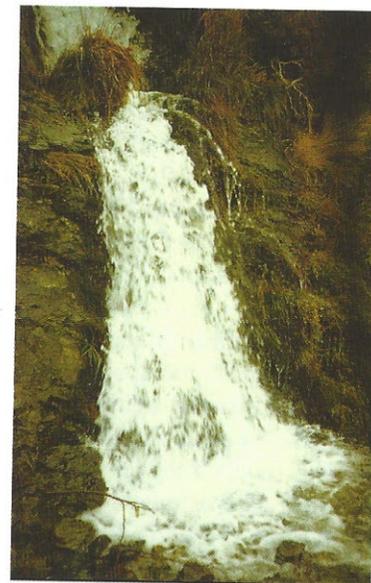
Tomamos el sendero que todavía sigue ancho bajo el *preu con cuadra* de Pie Ferriru, en dirección suroeste, hacia el alto siguiente con varias fincas en el rellano del pando: Torones (unos 1100 m).

En Torones (prerromano **twr*, ‘altura’), asomados sobre las rocas, contemplamos *los teyaos* de Naveo, agrupados en la ribera del río que descende entre las *fayas* de La Pisona. Las casas del poblado, al cobijo unas de otras, se fueron levantando casi a la falda del bosque; y al resguardo de tantas *xelás sin ver el sol* entre noviembre y febrero arriba.

Y sobre Naveo, la iglesia de San Pedro de Cabezón, verdadera ‘cabeza’ saliente que preside el valle del Payares; justo enfrente, los restos de Munistiriu; y valle abajo, Fierros, Güeches...

Entre Los Sorrocharios y La Fuente los Altares

Entre Torones y Horria quedan Los Enrocharios (Los Sorrocha-



Cascadas en El Confurcu, sobre Naveo

rios, para otros): una casería soletera y vistosa (*cabana y cuadra*), que disfruta, también, de una amplia vista sobre el valle y parte del concejo. El nombre tal vez se deba a las 'rollas', las *rotsas* de los castaños y hayedos sobre Horria: por su abundancia en el valle, o por la forma imaginada de aquellos picos, que también dio nombre al *Ruchu*.

Más allá de Los Enrocharios, está La Fuente los Altares, sobre otra rama del *camín real* que ascendía desde el monasterio de Horria al *mayéu* Torones: un nombre más del entorno monacal, aunque aplicado metafóricamente al terreno 'en alto' (lat. *altariu*).

El camino serpenteaba por Cochéu Muirtu, Piedrafita, La Paradiécha, Escuenas..., y pasaba a tierras leonesas de Pendilla por El Portiichín (a un par de horas abundantes, andando bien): era *el camín de Pin diecha*, que decían los vaqueros. Quedan sus trazos y sus leyendas por estos *altares* del suelo.

Un paseo entre las "flores" de la nieve y las *fayas* del monte La Pisona

Nosotros hemos de seguir por el hayedo hoy. Son las dos de la tarde, es casi invierno todavía, y nieva suave en estos altos: "*floriea sereno*" (podía *traponiar* un poco más). El caso es que la ventisca (*la carisa*) corta fría la cara en cuanto sacamos las narices de entre unos riscos protectores que elegimos para el bocata. Acorta-

mos la sobremesa, porque hemos de calentar de nuevo en *el sende-ru*.

De vuelta en El Mayéu Torones, pasamos entre los *praos*, y ascendemos hacia la pista completamente horizontal, que cruza los *fayeos* del monte la Pisona en dirección a Payares y al Ruchu.

El paseo se prolonga blanco entre las flores de nieve que empiezan a *cuayar* y las cascadas de los regueros a la espera de *la nevá*: hasta tres *bisbiteras* ('pequeñas cascadas'), vamos contando en la travesera, deslizándose sobre las pizarras más *nidias*, hayedo abajo.

Pasamos entre las *fayas*, que se elevan solemnes en las laderas de los barrancos buscando la luz más alta. El silencio del bosque sólo se rompe, de cuando en cuando, al ruido fugaz de algún tren en el túnel de La Pisona.

Las torrenteras y los *pontones* en el *regueru*

A nuestra izquierda vamos escuchando las *bisbiteras* de los arroyos que se precipitan por las pequeñas cascadas del bosque: primero, El Reguiru'l Confurcu; luego, El Topeal; ambos nacidos en los altos de Escuenas y La Paradiécha.

A nuestra derecha vamos dejando para otra ruta El Castiichu: saliente cónico naturalmente protegido por sus pendientes, y lugar de tantas leyendas en torno a los tesoros, los moros... Una serie de *corras*, fosos, topónimos..., colgados del picacho atestiguan el re-

gistro castreño catalogado en el patrimonio regional (ver ruta nº 14).

Un poco más arriba cruzamos por la pista otro par de arroyos, antes del túnel de la vía. Tras el segundo, *El Reguiru la Romía*, muy crecido ahora con las nieves cimeras del Ceyón, escuchamos un buen rato las aguas que se precipitan ruidosas hacia La Fontona (fincas valle abajo): sucesión de pequeñas cascadas, serenas y espumosas, burbujeantes entre las peñas.

Por esto, *regueru* abajo tienen (tenían, más bien) para estas ocasiones los lugareños, unos adecuados *pontones de maera*. Se los fueron llevando los tiempos y las aguas.

Tras los pasos de los *romeros* por los caminos de La Romía

Pasado el arroyo de La Romía y el túnel de Renfe, justo antes de la finca mayor y cuadra de La Roza, dejamos la pista a La Chaguna, y descendemos por el camino ancho que se adentra entre los *praos* y el arbolado, a pocos metros sobre el cauce de las aguas.

Por la ladera izquierda del arroyo seguimos ya el camino que se dirige a La Romía. A medida que vamos descendiendo, se vuelve ancho, con buenas pedreras, amplios y altos *pareones* a los lados. Bien conservado en algunos tramos.

Este y otros caminos que pasan por La Romía justifican sobrada-

mente una prolongada tradición *romera* que late bajo el nombre actual de ambos *chugares*: el paso de los *romeos* por los llamados *camín francés, camín de los peregrinos...* entre tierras leonesas y asturianas.

Nos explican luego los vecinos de La Romía la arraigada tradición de los diversos caminos que desciende amplios por el poblado: eran las vías de comunicación más directa con las tierras *castellanas* por la vertiente del Payares.

Este *carril* empedrado comunicaba con los altos de Pendilla por La Paradiécha: ascendía por la capilla Santo Tomás, El Praón, Las Chagunas, La Presona, El Zarrete, Mazariezas, La Paradiécha, El Purtiichín d'Escuenas... Y Pendilla. Hoy se perdió en parte sobre los puertos.

Y un dato de interés nos contaban, también, en La Venta Casimiro, la del Alto'l Puerto: en el mismo camino que procedía de tierras leonesas por Viadangos, Las Caballetas, Arbas..., están las fincas de *Los Romeros*, justo al lado del *camín real*.

Una coincidencia más, que une la red de los caminos colgados a uno y otro lado de los altos divisorios de La Meseta con Asturias por El Payares: entre los leoneses, *Los Romeros*; entre los lenenses, *La Romía*.

Los restos de *l'armita* Santo Tomás

Antes de bajar a las casas de La Romía Riba, en una finca a la de-



El Reguiru el Topeal, sobre La Romía

recha del camino (Prau Santo Tomás), encontramos las ruinas de la pequeña ermita: una estructura rectangular dividida en dos partes (pórtico y nave), sin techo, y con las paredes laterales a poco más de media altura.

Unos 8 m x 4, en total, quedan de *l'armita Santo Tomás*. Se distingue el altar exiguo, adosado a la pared que mira al saliente, con un par de toscos asientos de piedra, uno a cada lado.

Un dato de interés, todavía: lo que queda del arco de entreda a la capilla desde el pórtico es de piedra pómez (piedra *toa, toba*). El mismo material se encuentra en Santa Cristina de Lena, en la capilla de Bendueños, en El Hospitalón de La Cortina...

La cruz de Malta en La Casa Riba

Una vez en el poblado, nos detenemos a observar una rústica cruz de Malta tallada en el dintel de la puerta principal de La Casa Riba —así nos dicen en el pueblo—.

Al lado de la cruz de Malta, una especie de sol dividido en diez porciones lobuladas (igualmente desdibujado con el tiempo), y una media luna, completan la simbología del caserón. Nos explican algunos vecinos que es la casa más vieja de La Romía Riba.

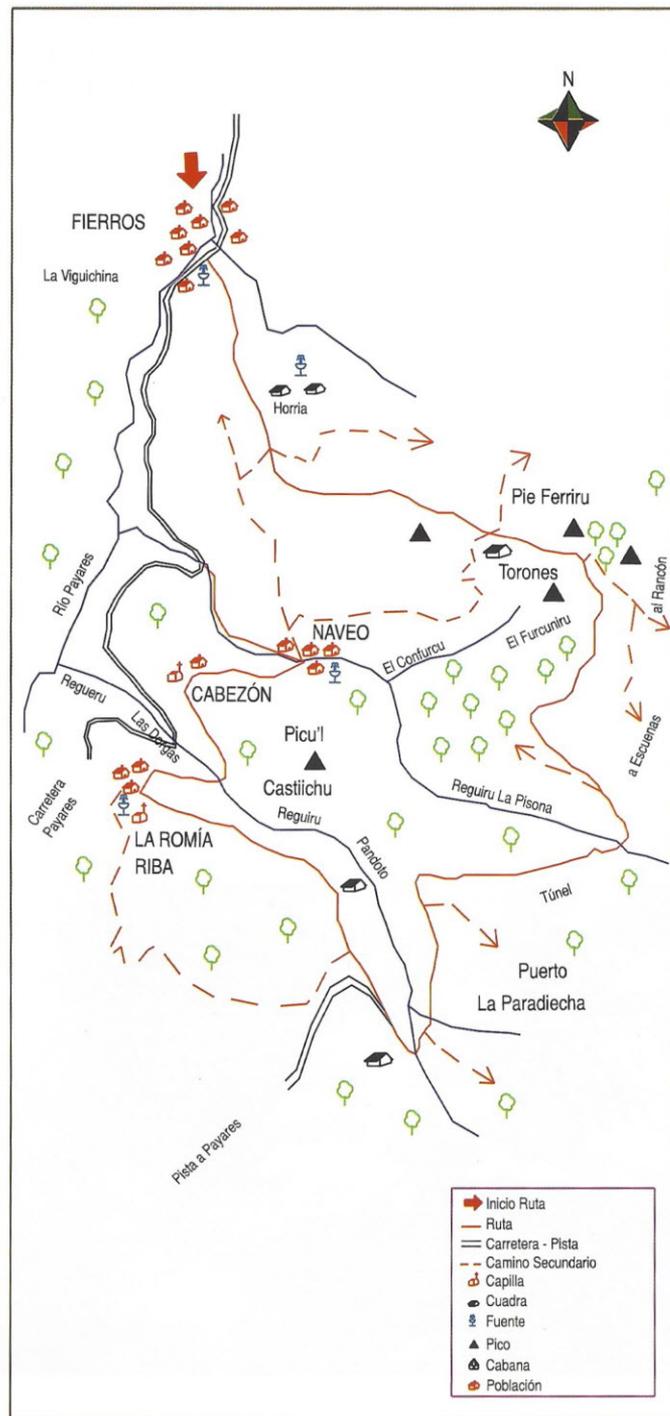
Seguimos camino, al modo de aquellos otros *romeros de verdá*, por delante de La Casa Antonia: otro edificio en piedra, con arco superior tallado, y dos escudos sobre la puerta principal.

Un águila, una estrella, un soldado, una torre, unos animales, y un par de inscripciones, son los datos heráldicos que recuerdan en el pueblo la condición señorial de los Pelayo (familia de la casona).

Entre molinos, molineras y travesuras del *ixuxú*

Sin tiempo ya para visitar La Romía Baxo, acortamos por la derecha hacia el *camín* de Cabezón (a San Pedro, que dicen en el pueblo). Dejamos sobre las aguas del *regueru* los molinos de Las Dujas, lugar común de tantas leyendas fabuladas entre molineros, molineras, canciones picarescas, y algunas travesuras del *ixuxú*.

Nos va pesando la tarde en la mochila, cuando paramos unos



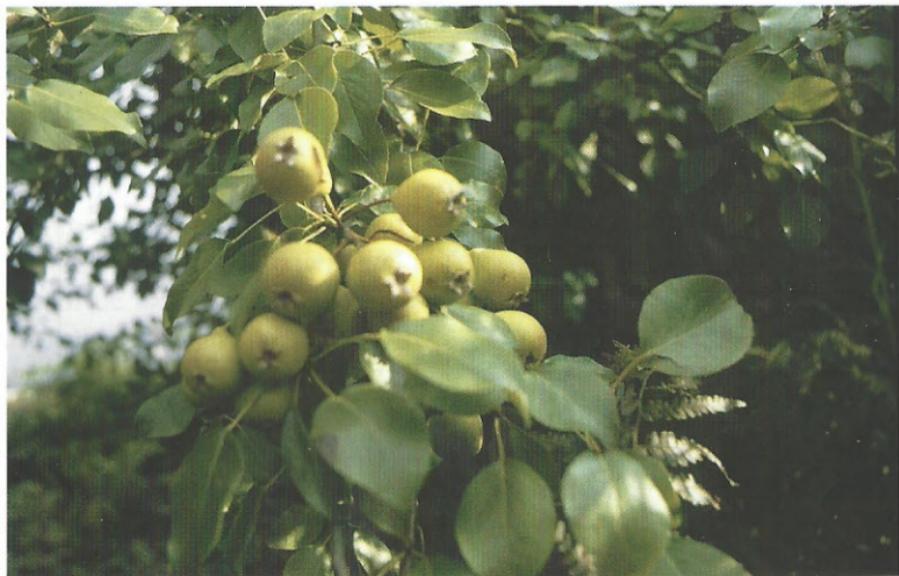
minutos sobre la corra del gran *texu* de Cabezón: aquel árbol centenario entre la iglesia y la bolera, cobijo secular de tantos caminantes en ambas direcciones por esta ladera del Payares.

Y como el camino nunca se hace sólo, pensamos que, hasta Fierros, aún quedan unos pasos asfaltados, bastante menos livianos que los senderos y las pedreras de los altos.

Llegamos a Naveo, completamente en silencio (el pueblo y nosotros). La charla con los amables

vecinos y vecinas completa nuestras observaciones desde los caminos cimeros entre Torones y El Castiichu.

Nos vamos carretera abajo siguiendo el curso del mismo río que dejamos entre las *fayas* de La Pisona. Media hora más y, de nuevo, Fierros: La Viguichina, como gustan de llamar todavía algunos. Bien nos explica el nombre y el paraje antiguo José Manuel: experto conocedor hasta de la última senda ya perdida para siempre entre las breñas.



Y las *peruyas montesas*: la merienda desde el otoño al invierno